

La Agencia

LOS NIÑOS SE habían ido al colegio hacía una hora. Lo recogí todo, fui metiendo calcetines perdidos y cubiertos de polvo en el cesto de la colada, enjuagué los envases de yogur y los tiré al cubo de reciclaje. Tuve tiempo de ducharme, vestirme y hacerme un café, y estaba a punto de encender el ordenador. En la pantalla de mi teléfono móvil entró una llamada de un número desconocido. Una voz masculina, educada, preguntó si era Hannah y si sabía adónde tenía que ir. Balbuceé y dudé. Hubo un silencio largo, insoportablemente largo, llenado únicamente por el latido de la conexión satélite, como el zumbido de un insecto. Pensé cortar la llamada y apagar el teléfono, pero al final dije: Sí, tengo la dirección. Gracias. Gracias por asegurarse.

No hay de qué, contestó, en un tono neutro, como si estuviera acostumbrado a situaciones en que se dan las gracias.

Recuerdo que después pensé que su llamada había llegado en el momento más oportuno. Que denotaba consideración. En cierto modo me infundió confianza, aunque seguía dudan-

do si seguir adelante. Una cosa era tener el valor de llamar al número que figuraba en la tarjeta que me había dado Anthea King y otra cosa muy distinta era ponerme elegante, como tenía previsto, subir al coche y hacer un viaje de 80 kilómetros hasta la ciudad. Y ¿para qué? Para hacer un cambio en mi vida al que no tenía derecho y tampoco estaba segura de querer hacer. No tenía la menor idea de cuánto duraría la cita o cómo sería. Y de no haber sido porque la recomendación venía de Anthea lo más probable es que lo hubiera descartado.

Pero me aseguró que todo sería estrictamente profesional. La empresa era discreta, de confianza, y ella era miembro del club desde hacía alrededor de un año.

Miembro es una manera agradable de llamarlo, ¿no crees?, me preguntó una mañana, mientras tomábamos café. La Agencia es así. Todo parece muy controlado. Muy seguro. La vida rara vez nos ofrece ese tipo de oportunidades sin que luego sea todo un desastre.

La miré. Quizá buscara una chispa de entusiasmo en su mirada, o de desesperación, porque yo me sentía cada vez más desesperada. Estaba sujetando la taza con la mano y acariciando el borde con el pulgar para quitar una mancha de carmín. Sonreía. Parecía serena. Como si hablara de cualquier cosa: de un club de yoga o un salón de belleza.

No te pongas tensa, Hannah, me dijo. La verdad es que te lo mereces. Todo el mundo se merece ser feliz. Tienes que cuidar de tu salud. Es increíble cómo se desajusta la vida cuando no te sientes bien por dentro. Cuando crees que te falta algo.

Ensancho su sonrisa y pensé, como siempre que estaba con ella, que era muy atractiva. Tenía una melena brillante, castaña y con mechuras caras de color caoba, que le llegaba hasta las sola-

pas de la chaqueta. De espaldas podía pasar por una chica joven, por lo enérgica y delgada que era. Pero estaba muy arrugada. En realidad parecía diez años mayor de lo que era. Conservaba un espíritu juvenil que le animaba las facciones maduras y marcadas, y era precisamente eso lo que la hacía tan atractiva. En las fiestas siempre estaba rodeada de hombres que le rellenaban la copa y la oían despotricar de los políticos y los ministros de cultura, como hacía en su columna semanal del periódico. Sus carcajadas, poco elegantes, retumbaban en cualquier reunión.

Conocía a Anthea desde que los niños iban a primaria. Puede que las demás madres la tomaran por abuela de su hija, Laura, a la que llevaba de la mano. Y lo mismo me pasó a mí, hasta que la niña dijo: Un beso, mami, y la hizo agacharse para alcanzar su mejilla.

Bueno, ya podemos volver a nuestras vidas de mierda, dijo despacio, cuando los niños y las niñas entraron en el patio del colegio. Me vio sonreír y resopló, tapándose la boca con las manos. Una semana más tarde nos intercambiamos los números de teléfono. Poco después empezamos a salir en parejas. Resultó que nuestros maridos se conocían de vista, de cuando iban a la universidad. Me presentó a un grupo de mujeres del pueblo que eran nuevas para mí, vibrantes y artísticas, de edades diversas, que iban con frecuencia a la ciudad a trabajar, a presentaciones de libros y a efervescentes fiestas en las que nunca se acababa el champán. Dos de ellas eran periodistas, una estaba casada con un locutor de radio y otra trabajaba en televisión. Todas eran simpáticas, esbeltas y de buen tipo, sin ser extraordinariamente guapas, y compraban cosméticos caros, de alta gama.

Me cayeron bien, y ellas a su vez me acogieron en el grupo. Nos veíamos a menudo los sábados por la mañana, en una de

las tiendas caras del centro del pueblo. Nos probábamos blusas y vestidos caros y a veces comprábamos algo. Nos hacíamos cumplidos y nos decíamos con sinceridad lo que nos favorecía y lo que no. Todas se comportaban con mucha naturalidad cuando estaban desnudas.

Chesca, tienes un pecho perfecto. ¡No me puedo creer que hayas tenido tres hijos!

Tienes que bajar una talla, cariño. ¡Eso te cuelga como la bata de una viuda!

Después íbamos a comer, siempre con vino, y compartíamos confidencias. Normalmente volvía a casa acalorada y con los ojos brillantes, y John hacía café y me gastaba bromas sobre mis amigas alcohólicas. Todos los años organizábamos fiestas en Navidad, en Año Nuevo, el día de San Juan o por motivos puramente estéticos, como la floración de las peonías rojas de Tamar en el mes de mayo. El grupo respetaba estrictamente estas celebraciones en las que planeábamos las próximas vacaciones en familia.

La primera vez que comí con ellas, un sábado, me impresionó un poco el nivel de sus confesiones. John y yo nos habíamos convertido en una pareja reservada; los disgustos o los problemas no salían de casa, se resolvían en la intimidad o no se resolvían. Mientras desprendían hábilmente las espinas del pescado y se tomaban la ensalada, hablaban de joyas antiguas, historias clínicas y frustraciones conyugales. Temores por la salud. Hombres a los que habían querido alguna vez. Las ganas de disfrutar de un sexo más potente. Tamar se refirió a una aventura que le había consentido a su marido, y contó cómo había vuelto a entregarse él después.

Lo curioso es que Edward era totalmente transparente, dijo, riéndose y moviendo la cabeza. El muy idiota se creía

que no me daba cuenta cuando lo veía sentado en su butaca, tan deprimido porque ella llevaba una semana sin llamar. Yo siempre le consolaba cuando me daba sus explicaciones absurdas: que echaba de menos al perro, que se había muerto, o algo por el estilo, pero ¡sabía perfectamente por qué lo consolaba!

Me sonrió al ver la cara que ponía, restando importancia a mi simpatía y mi preocupación.

No te preocupes, Hannah. Tu John te adora. No es de esos. Y es evidente que no es un idiota.

Yo no estaba segura de que ella conociese a John, pero me emocionaron sus elogios y su amabilidad. Después, su sonrisa se tensó un poco.

¿No os parece que las mujeres pueden vivir mucho más cómodas con sus secretos?

Fue Anthea quien respondió. Sí. Y ojalá que sigamos siendo ilegibles.

Levantó la copa de vino y todas brindaron.

Más tarde, cuando íbamos hacia la parada de taxis, Anthea me contó que todas las mujeres del grupo tenían a otra idealizada: por su físico, su vitalidad o sus habilidades maternas. Pensé a quién admiraría ella más. Puede que a Lizzie, porque tenía quince años menos, era una dramaturga de éxito y había tenido una serie de aventuras simultáneas que a Anthea le encantaban. Las llamaba «amistades alegres». Luego pensé que quizá fuera yo, por cómo la observaba por las mañanas mientras tomábamos café. Me fascinaba que fuera tan inglesa, como esas mujeres de las generaciones anteriores, esas abuelas laboriosas y enérgicas. Tenía una reserva de alegría inmensa, inagotable; incluso cuando se divorció, seis meses después de

que nos conociéramos, afrontó la situación con una valentía que a mí me pareció asombrosa.

Los putos hombres y sus putos egos, fue su resumen de la situación. Prefieren hacerse el amor a sí mismos antes que hacerse el amor a sus mujeres. ¿No es natural que nos hagan cometer locuras?

Pero había en Anthea algo más que ese estilo ligeramente decadente. Me había fijado en que tenía un rasgo retraído, vigilante. Cuando no estaba bromeando o descorchando una botella, se le daba de maravilla aislarse. Podía pasarse una hora sentada en un extremo de la mesa, quieta como un depredador, sin participar en la conversación. En esos momentos, todo en ella parecía calculado: su cara animada y atractiva se quedaba inmóvil y solamente movía los ojos para analizar la escena, calibrar o hacer sus apuestas. Normalmente era la primera en recibir una llamada de teléfono cuando alguien del grupo estaba en crisis, quizá por su edad y su experiencia, pero sobre todo porque jamás emitía juicios y se limitaba a dar buenos consejos. Y era discreta. Nunca me enteré por ella de ningún chisme de las demás, aunque le gustaba especular cuando el incidente pasaba a ser de dominio público. Siempre me pareció que podía hablar con ella de las cosas más difíciles y más dolorosas.

*

NO ME DIO la tarjeta inmediatamente. No me lo planteó como una receta cuando le confíé mi insatisfacción y la aventura que había estado a punto de tener con el hermano de John. La mañana que me la dio habíamos estado hablando de otra cosa, de algo que no tenía nada que ver con eso: de las últimas atroci-

dades de la guerra o el azúcar de los cereales de los niños. En un silencio de la conversación, sacó del bolso un pulcro rectángulo blanco.

Esto es para ti, cielo, me dijo. Y me pasó la tarjeta. Nadie debería avergonzarse tanto de sí mismo. Creo firmemente en la intimidad.

Estaba impresa con tinta negra: La Agencia, decía sin más. Debajo había un número de teléfono móvil.

Llama, me dijo. Es el número de recepción. Pide una primera consulta. Te organizarán un encuentro maravilloso, y después podrás llamar a la línea directa.

Debió de notar mi reticencia, porque me cogió de la mano. Tenía los dedos suaves, pero me apretó con firmeza. Seguía llevando su anillo de compromiso, de diamantes.

Hazlo, cariño. No es lo que te imaginas. En absoluto. Estas cosas nos consumen si no hacemos algo. Confía en mí.

*

ACORDAMOS LA PRIMERA cita a las once de la mañana. Me organicé con otra amiga para que recogiera a Jamie en el colegio y se quedara una hora con él, por si me retrasaba. Katie tenía clase de natación y volvería tarde a casa. Quería tener tiempo para recuperarme en caso necesario. Podía haberle pedido a Anthea que se quedara con los niños, pero no sé por qué no me decidí a contarle adónde iba, como si no quisiera reforzar nuestra conspiración y convertirla en culpable.

Llevaba toda la semana pensando cómo vestirme. Me decidí por un traje burdeos que no me ponía casi nunca, comprado en una *boutique* de Londres cuando me despidieron de mi úl-

timo trabajo y me dieron una indemnización mucho más alta de lo que me esperaba. Seguía valiéndome, aunque me apretaba un poco en la cintura. Lo había sacado varias veces del armario y lo había colgado en la percha de detrás de la puerta para admirarlo, pero siempre le volvía a poner la funda de plástico de la tintorería. En la solapa de la chaqueta llevaba prendida una insignia de seda negra, de la cena de antiguos alumnos a la que había asistido con John, en su facultad, el año anterior. Me había comprado unos zapatos, negros, con el tacón algo más alto de lo habitual en mí. Me compré también unas medias nuevas, que seguían en su paquete, dentro de la caja de zapatos, en el fondo del armario. Tanta preparación me parecía un poco absurda. Una parte de mí se daba cuenta y empezaba a perder las ganas. No me sentía capaz. Yo no era como Anthea King; no tenía su hechura, su energía y su valor. Siempre había vestido con sobriedad; nunca me atrevía a ponerme mis mejores galas con la confianza con que otras las lucían. Pero otra parte de mí se ilusionaba al descolgar el traje de la percha, con sus pliegues de seda doblados con cuidado en sus lengüetas de cartón, y al ver los zapatos impecables, mirándose el uno al otro dentro de la caja, perforando con los tacones el papel de seda. Me ilusionaba imaginar que aún cabía dentro de aquel traje.

La mañana de la cita pasó muy deprisa. Los niños se fueron al colegio con los libros y las tarteras. Vi a John alejarse en la bici con la mochila a cuestas mientras la brisa fresca le separaba el pelo hasta formar una costura blanca en el cuero cabelludo.

Hace un viento espantoso, me dijo al pasar por delante de la ventana de la cocina, triturando la gravilla con las ruedas. Le dije adiós y se marchó.

Me había pasado la mayor parte de la noche despierta, tumbada boca arriba, contemplando el resplandor anaranjado de las farolas. Una vez extendí una mano para tocar la pierna de mi marido, el vello hirsuto del abdomen. Deslicé la mano, nerviosa, pero John estaba profundamente dormido. A eso de las cinco me quedé adormilada, y la alarma del despertador me sobresaltó una hora más tarde. El cuidado con que pensaba peinarme y recogerme el pelo se había esfumado. Me vestí a toda prisa y estaba lista antes de lo previsto. Estaba distraída, incapaz de concentrarme en nada. Me tomé dos paracetamoles y me hice otro café. Volví a lavarme los dientes y me retoqué los labios. Me miré en el espejo del baño y me vi un poco demacrada. Caí en la cuenta de que se me había olvidado ponerme corrector de ojeras. Saqué el tubito plateado del neceser de maquillaje, me apliqué unas gotas de crema y la extendí.

Ya estaba en el coche, en la carretera de circunvalación, saliendo del pueblo, cuando pensé por primera vez en el precio de la excursión. Hasta entonces no se me había pasado por la cabeza el dinero. No había preguntado cuánto costaba y tampoco me habían pedido una cantidad a cuenta por teléfono. Anthea tampoco habló del precio, pero ella tenía menos preocupaciones económicas. El divorcio le había salido rentable, o quizá hubiera heredado. La casa de Cloet Street era suya; sus joyas no eran bisutería, y aunque los ingresos que recibía por la columna semanal eran modestos, nunca decía que estuviera pasando apuros. Podía parar en un cajero a sacar dinero, pero eso me crearía problemas. Si La Agencia aceptaba tarjetas de crédito, pagaría con mis ahorros personales, los que guardaba en una cuenta aparte y utilizaba para los cumpleaños. Aunque eso dejaría un rastro. Intenté calcular cuál podía ser una suma

razonable, pero era imposible. ¿Tanto como la póliza del seguro dental de la familia? ¿Unas vacaciones o un coche de segunda mano? No tenía la menor idea de lo que podía costar un servicio así. De repente empecé a sentir calor y náuseas. Al margen de todo lo demás, la idea de pagar varios cientos de libras sin que John lo supiera hizo que me temblaran las manos.

Bajé la ventanilla unos centímetros y respiré hondo. Una ráfaga de aire entró en el coche. Era húmedo y fresco, con olor a alquitrán de la carretera. El viento estaba arceciando y las luces de freno de los coches que iban por el carril central se encendían y se apagaban. Cayeron goterones en el parabrisas y después empezó a llover. Desaceleré. No tenía prisa. Las hojas que arrastraba el aire se quedaban atascadas en las escobillas del limpiaparabrisas. Me imaginé que me alcanzaba una racha de viento fuerte, perdía el control del coche, atravesaba la autopista derrapando y terminaba en el carril contrario. Me imaginé que me encontraban en una jaula de metal aplastado, desmadejada y con el traje manchado de sangre. Mi familia no sabía por qué iba a la ciudad, y así vestida. Me imaginé la cara de John, compungido, pellizcándose las caderas, haciendo un esfuerzo inmenso para no desmoronarse, como hizo en el entierro de su madre hasta que se rompió de dolor. Y tuve también un recuerdo antiguo, de la noche en que John y yo nos conocimos, de cuando lo hicimos por primera vez en una habitación del piso de arriba, rodeados de abrigos, mientras la música de la fiesta formaba una especie de capa que nos separaba del mundo. Me acordé de cómo John contraía la cara mientras se movía, de cómo me agarraba del cuello, de su falta de delicadeza y sus jadeos de agotamiento cuando terminó. Las primeras veces fueron violentas,

hasta que nos conocimos de verdad, hasta que nos acoplamos y encontramos una pauta más tierna y más considerada. Me vi a mí misma esos primeros años, agarrada a los barrotes de la cama y empujando mi cuerpo contra el suyo, luchando por el control del espacio. Vi a John inmovilizándome los brazos, sus embestidas bestiales, las sábanas revueltas y amontonadas. De pronto comprendí que lo que estaba haciendo era una locura. Que sin duda tendría consecuencias. Un desliz, un giro del destino acabarían por delatarme y me sería imposible explicarlo. No había ninguna explicación. Ni siquiera yo entendía por qué lo hacía.

Miré por el retrovisor, puse el intermitente y paré en el arcén. Solté el volante, apreté los puños y los lancé al aire. Los camiones salpicaban el parabrisas al pasar zumbando al lado del coche. El viento de cola hacía temblar el coche. Eché un vistazo al reloj del salpicadero. Eran las diez menos cuarto. Aún tenía tiempo para pensar, para reconsiderarlo. Saqué un CD de la guantera y encendí el lector. Empezó a sonar por la primera canción.

Llevaba catorce años casada. Ninguno de los dos había hecho nada grave. Tenía muy pocas cosas de las que quejarme. Pero pensar en nuestra vida en común no servía de nada. Era como si el amor no tuviera fragancia ni sangre, como si hubiera perdido su vitalidad. Arranqué el coche y esperé a encontrar un hueco en el tráfico para salir.

*

ESTUVE DANDO VUELTAS por calles desconocidas hasta que encontré un aparcamiento cerca de la dirección de La Agencia.

El edificio estaba en una calle tranquila. La fachada era muy normal, de tres plantas, eduardiana, de ladrillo claro, como casi todas las demás de la manzana. La puerta era recia y negra y parecía recién pintada, brillante como el regaliz. A un lado había una placa de bronce con el número de la calle grabado, y encima de la placa, un portero automático. No había ningún nombre, tampoco el de otra empresa que tuviera su sede en el edificio. Parecía un edificio de oficinas normal y corriente de una ciudad pequeña. Me alejé y me quedé unos minutos en los alrededores, con el móvil absurdamente pegado al oído. No vi entrar ni salir a nadie. Fui hasta el final de la calle, mirando las cornisas de los edificios, y luego volví y llamé al portero automático. Casi al instante, el timbre sonó dentro y oí un chasquido mecánico. Empujé la puerta, me volví a mirar la calle vacía y entré corriendo.

En el portal había una consola de madera reluciente y una lámpara de cristal pintado. Las paredes eran de color cáscara de huevo. Todo estaba en silencio hasta que el ruido amortiguado del motor de un coche resonó en la calle. El corazón me latía muy deprisa. Notaba un sabor amargo en la boca y me arrepentí de haber tomado tanto café antes de salir de casa. Al fondo del vestíbulo había una elegante escalera de hierro forjado que trazaba una espiral exquisita. Estaba a punto de acercarme y subir cuando una puerta se abrió a mi derecha. Por ella salió un joven de pelo corto y moreno, vestido con traje. Me tendió la mano.

¿Hannah? ¿Nos has encontrado bien?

Asentí y le di la mano. Me apoyó suavemente la otra mano en la muñeca.

Sí, gracias.

Asintió. Por supuesto. Soy Alistair. Hemos hablado por teléfono. ¿Pasamos a la oficina? Lleva un traje muy bonito. ¿De Westwood?

Tenía un acento suave, con las erres vibrantes, escocés, puede que aprendido en las Tierras Altas. Me cedió el paso y entré en una sala.

Vi una chimenea grande, de hierro fundido, decorada con azulejos y un trébede. Un jarrón con lirios adornaba la repisa. En la pared del fondo había una mesa con un ordenador blanco, de líneas muy finas, y el receptor del interfono. Un sofá y una butaca se miraban, separados por una mesa de centro. La alfombra era de color azul Regencia y las paredes estaban empapeladas en un tono verde pálido de la misma época. La decoración era más elegante que la del portal y todo olía a limpio. El joven esperó a que lo mirase a los ojos antes de hablar.

Muy bien. En primer lugar, bienvenida a La Agencia. Gracias por venir.

Hubo una pausa y después me preguntó si me apetecía un café. Negué con la cabeza. Unió las manos por delante del pecho formando un cono con las puntas de los dedos. Fue un gesto calculado, o astuto. En todo caso parecía demasiado joven para tanta afectación.

¿Un té? ¿Una copa de champán?

Sonrió y enarcó las cejas. Noté un leve latido en un párpado.

¡Sí, champán!, dijo inmediatamente. Ya es mediodía, ¿no? Siéntate, por favor.

Se acercó a una puerta y la abrió. Detrás había una cocina pequeña. Vi la esquina de un frigorífico y un armario. Oí un tintineo de cristales, un estallido y el borboteo del líquido al

servirlo. Alistair volvió con dos copas de flauta. Las dejó en la mesa, se sentó en el sofá y tendió una mano.

¿Me acompañas?

La butaca de cuero cloqueó y suspiró al sentarme.

Lo siento, dije. Me envía una amiga y todo esto es nuevo para mí. Creo que en realidad no sé lo que estoy haciendo o lo que tengo que hacer. Me parece que no estoy completamente decidida. Lo siento.

Alistair volvió a sonreír. Tenía los dientes un poco amontonados, aunque blancos.

No te disculpes, por favor. Es estupendo que nos hayas encontrado, aunque solo sea como posibilidad. Toma.

Se inclinó hacia delante y me acercó la copa, deslizándola por encima de la mesa. La cogí, para demostrar buena voluntad, y lo miré detenidamente por primera vez. Iba bien afeitado, tenía una piel espléndida, y el flequillo le caía por un lado de la frente en un ángulo muy elegante. Llevaba un traje de corte clásico, de otra época, con el chaleco abotonado. No habría desentonado en una serie dramática de los tiempos anteriores a la guerra. Era sin lugar a dudas un producto creado en consonancia con el escenario, aunque su cortesía y su etiqueta no parecían forzadas. Tenía un atractivo peculiar, imperfecto. ¿Será esto lo que buscan las mujeres?, pensé. Bebí un sorbo de champán. Me hizo cosquillas en los labios y lo encontré áspero y ácido. Sabía que iba a bebérmelo demasiado deprisa si me quedaba con la copa en la mano, así que volví a dejarlo encima de la mesa.

Gracias, dije. Y otra vez contestó: Por supuesto.

Se reclinó en el respaldo y cruzó las piernas.

Verás, Hannah. La verdad es que La Agencia prefiere entender este primer encuentro como una especie de entrevista

que nos haces. Confiamos en poder ofrecerte absolutamente todo lo que desees, pero eres tú quien decide si nos consideras aptos y quieres contratarnos. Somos versátiles, prestamos un servicio legal, en la sede y fuera de ella, pero también creemos que hay que cumplir ciertas normas.

Se quedó un momento callado, como para darme tiempo a asimilar el significado, a digerirlo.

Aspiramos a cubrir cualquier necesidad. Por eso, conviene concretar todo lo posible en esta primera fase. Descruzó las piernas y se inclinó sobre una hoja de papel que había sobre la mesa. La acercó y la cogió por una esquina.

Hannah. ¿Te parece muy aburrido que te ofrezca un poco de literatura, para que te hagas una idea de lo que ofrecemos y podamos detectar tus preferencias?

Yo le estaba mirando la boca mientras hablaba. Medía mucho sus palabras, había extremado su cortesía y amplificaba con los labios las formas que articulaba.

Te dejaré un poco de intimidad mientras le echas un vistazo. No hay ninguna prisa. A veces la gente prefiere considerarlo en casa antes de comprometerse a una nueva cita.

Eligió con mucha astucia la última frase. La misma con que lo habían elegido a él. La calibró perfectamente. Me deslizó el papel, se sacó un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta y lo dejó encima de la mesa.

Por favor, no te preocupes. Esto es solo para que nos ayudes a identificar tus preferencias. Puedes llevártelo cuando hayamos terminado. Aquí no guardamos papeles.

Volvió a unir las puntas de los dedos y se levantó.

Te dejo que lo leas. En el escritorio hay un botón para que llames cuando quieras. No te olvides del champán.

Tomé otro sorbo, consciente de que me estaba presionando a pesar de su deferencia. El clima de la entrevista era calculadamente neutro, pero el joven que tenía delante manejaba los hilos pasivamente. Lo habían seleccionado por su inteligencia y sus habilidades sociales. O quizá fuera el dueño de la empresa. ¿Había visto un nicho en el mercado y había aprovechado la oportunidad? ¿Cuántos años tendría? ¿Veintitantos? Puede que poco antes hubiera sido alumno de John en Ciencias Políticas. Se alejó hacia la puerta.

Ah, una cosa, Hannah, dijo en voz baja. Me gustaría dejar claro que la primera pregunta, la que se refiere al género, no te afecta. Sabemos que eres mujer. Todas nuestras socias lo son, como probablemente sepas.

Sonrió y cerró la puerta.

Tuve la sensación de que había estado aguantando la respiración todo el tiempo. Solté el aire, cogí la copa y bebí hasta la mitad. Alistair no había probado la suya, y se me ocurrió que la había servido y dejado allí también para mí, para que la situación me resultara lo más cómoda posible. Me levanté y me acerqué a la chimenea. Los azulejos eran de estilo Arts & Crafts. Los lirios de la repisa eran naturales. Tenían un perfume delicado, euforizante. Los pétalos eran blancos, austeros, salpicados de manchas de polen anaranjadas. No les habían cortado los estambres, y en las puntas se habían acumulado unas gotitas de savia. No eran solo los nervios o la caféina lo que me había puesto tensa y alterada. No me sentía insegura ni expuesta, como me imaginaba. Sabía que podía marcharme, tranquilamente, sin dramatismo, mientras siguiera sola en la recepción. Alistair no se sorprendería de no encontrarme cuando volviera. Pero no quería irme. Y sabía que tampoco se sorprendería si me quedaba.

Me senté de nuevo en la butaca de cuero tibio y cogí el papel. Era un formulario, con casillas para marcar, no muy distinto de los que se entregan en las clínicas de belleza. Lo leí. El término que empleaban era *acompañante*. La redacción era concisa y las opciones quizá más o menos tal como me esperaba, aunque las últimas me sorprendieron. Grabaciones, Restricciones, Disfraces, Defecación.

Anthea no me había dado detalles de sus experiencias. Intenté adivinar cómo había respondido al formulario, si sus preferencias eran corrientes o extrañas. Mi vida me parecía muy sencilla. No creía estar buscando nada excepcional. Cogí el bolígrafo y marqué con una raya las casillas correspondientes. Luego seleccioné otras dos de la sección final. Me terminé el champán y llamé al timbre del interfono.

Alistair llamó a la puerta antes de entrar y me saludó con cordialidad, como si fuéramos viejos amigos. Se había quitado la chaqueta. Llevaba una camisa de rayas muy elegante. Seguía teniendo el chaleco abotonado.

Muy bien, Hannah. Si quieres que repase el formulario ahora mismo y que te organice una presentación podemos hacerlo. Si lo prefieres, puedo ponerte en contacto contigo dentro de unos días, con una recomendación y un número de teléfono. ¿Quieres que te rellene eso?

Señaló la copa vacía. Dije que no con la cabeza.

Gracias. Tengo que conducir.

Hubo un silencio. Esperaba que volviese a decir «Por supuesto», pero no lo dijo. Aunque conservaba el mismo barniz profesional, ahora noté en él un interés más vivo. No era coqueteo lo que veía en su mirada, puede que curiosidad por mis inclinaciones. El ambiente era de tranquilidad, como si el

viento de la calle eximiera de sus corrientes a aquella habitación. Tenía el papel en la mano. No me temblaba el pulso. Alistair no dio ninguna muestra de notar el cambio. Se sentó en el sofá, cruzó las piernas y leyó el formulario. Recorrió la página parpadeando y asintió con la cabeza una vez, pero su expresión no revelaba nada. Intenté adivinar su edad de nuevo. La suficiente para estar al frente del negocio y al mismo tiempo parecer un pipiolo y ser complaciente en caso necesario. ¿A cuántas mujeres había recibido en aquella sala? ¿Cuánto poder tenía? Era evidente que alguien había invertido experiencia y dinero en aquella aventura, aunque seguramente no había sido él. A pesar de su espíritu emprendedor, a pesar de su filoginia, no podía tener tantos conocimientos. De pronto tuve la certeza de que él no era el impulsor de la empresa. No. Era hábil, pero en realidad era un dron. La idea de La Agencia era de una mujer. La decoración, el recepcionista impecable, la sutileza del juego eran cosa de una mujer.

Alistair levantó la mirada y sonrió después de unos momentos.

Hannah, arriba hay una sala muy cómoda. Ahora mismo está libre. ¿Querrías esperar allí unos diez minutos, mientras hago una llamada rápida? Ese traje es precioso.

*

EMPEZABA A OSCURECER cuando llegué a casa. Miré el correo electrónico, puse una lavadora y llené la bañera. Me quité el traje, lo guardé en la funda de plástico y lo colgué en el armario. Me senté en el borde de la cama y me quité los zapatos. Les di la vuelta. Las suelas se habían rozado ligeramente, no

más que si hubiera dado una vuelta por el paseo de gravilla para arañarlas un poco. Me había hecho una carrera en una media, a lo largo de la costura negra. Desabroché el ligero y deslicé la media por la pierna. Luego me quité la otra. Vi que empezaba a salirme un cardenal debajo de la cadera. Si John se daba cuenta, le diría que me había dado un golpe con la puerta del coche, por culpa del viento. Las señales de las muñecas tendría que esconderlas hasta que se borraran. Guardé las medias en el paquete y fui a la cocina para tirarlas a la basura, bien al fondo. Revolví el cubo de plástico y aplasté los residuos. Luego eché encima los restos de un yogur sin terminar. Me lavé las manos, me serví un vaso de agua y subí al dormitorio.

Noté que tenía la piel muy sensible cuando entré en la bañera. Me solté el pelo, apoyé la espalda en el esmalte y cerré los ojos. Seguía viendo los dibujos verdes del papel pintado de La Agencia y las rosetas de hierro forjado de la barandilla de la escalera. Aquellas orquídeas chorreantes. Seguía viendo el interior del coche que me había llevado por las calles mojadas y cubiertas de hojas caídas. El vestíbulo del hotel y el número de la habitación. Los pétalos negros del broche que llevaba en la solapa de la chaqueta, tirada en el suelo, sobre un montón oscuro. Él no era exactamente como me lo había imaginado. Me pidió una contraseña, por si quería parar en algún momento, y le di el nombre de la madre de John: Alexandra. Pero no llegué a utilizarla.

Después de media hora en la bañera entré en calor y me sentí reblandecida, como si me estuviera diluyendo, como si fuera tan suave como el agua. Me levanté, quité el tapón y me di una ducha fresca. Después de secarme y vestirme bajé a recoger el cuarto de estar. La sudadera del colegio de Jamie esta-

ba hecha una bola detrás del sofá; los libros y las revistas, desperdigados. Había un trozo de caramelo pegado en la alfombra. Era demasiado tarde para ponerme a trabajar, así que apagué el ordenador. Había dejado el bolso abierto en la entrada y vi que la luz azul del móvil estaba parpadeando. Tenía tres llamadas perdidas. La primera era de John. Decía que llegaría con Katie alrededor de las siete, después de la clase de natación. La segunda era de Alistair, para confirmar mi próxima cita. La borré después de escucharla. La tercera era de Anthea King: me preguntaba si podía quedarme con su hija al día siguiente después del colegio. Me pareció que estaba distraída y oí el traqueteo del teclado mientras hablaba. El mensaje terminó. Le devolví la llamada para decirle que podía ocuparme de Laura. Hablamos un momento. Hubo un silencio en la conversación, seguido de su risa indecorosa y alegre.

Oye, tenemos que ponernos al día pronto. Espero que lo hayas pasado bien en la ciudad.

He ido a visitar a un familiar, dije.

Volvió a reírse. Sí. Claro, cariño. Claro.